



## Comisión 5

### Índice

1. Un amor de otro mundo. Matías Alfonso
2. Una visita no deseada. Lautaro Alvez
3. Mujeres de descarte. Amancay Amadé González
4. Cierren el ataúd. Facundo Anco
5. Nuevos visitantes. Agustín Arrigo
6. El pasillo. Lorenzo Barrionuevo
7. Metamorfosis colectiva. Agustín Bazzo
8. Huésped. Josefina Carrizo
9. Esto no está chequeado. Candelaria Catalano
10. Los procesos no tan procesos. Lucas Cayuqueo
11. Las vacaciones soñadas. Juan Ignacio Elgorriaga
12. Aislado. Juan Manuel Feuillant
13. ¿Marcianos socialistas? Sol Giménez
14. Desangrada en la esfera. Candelaria Gómez
15. Contacto. Perla Gómez Montoya
16. Interna Inquietud. Bettina Gorla
17. Rupturas de vida. Juana Granzella
18. Todo olvidado. Rocío Guana
19. Una triste despedida. Emir Henríquez
20. De mercader a marinero. Luca Menecozzi
21. Un chico que cambió su manera de ser. Agustín Menn
22. La muerte. Emersson Minaya
23. Un rayo de esperanza. Brenda Miño
24. Suceso inesperado. Joaquín Morosi
25. Soy un ser omnisciente. Francisco Núñez
26. Sin poder gritar. Thelma Núñez
27. Falta una. Julio Prioretti
28. Jean Fracaso. Lara Rodríguez
29. Entre llantos y caretas. Lucas Romano
30. Una parte de mi diario. Araceli Sánchez
31. El fantasma de Canterville. Delfina Sánchez Magariños
32. Pensamientos profundos. Micaela Sandoval
33. Los alojamientos. Aldana Tedeschi
34. La venganza de Marcos. Bianca Torres
35. El fantasma de Canterville. Anabela Tow
36. Muerte inesperada. Sol Trovato
37. Aquel día tan esperado. Mateo Velásquez Sánchez
38. El terror de lo cotidiano. Lucas Villavicencio

## **Un amor de otro mundo**

Matías Alfonso

Luego de pasar el muro, llegaron a un extraño cuarto que la joven no conocía de la casa, era frío y tenía una luz tenue. El fantasma, al arribar al lugar, la tomó de las manos y acercándose dulcemente a su oído le preguntó en voz baja y dulce si estaba lista. Virginia, con un poco de temor, asintió, entonces él comenzó a besar su cuello mientras se abrazaban. Las manos de la joven recorrían toda la espalda de Simón, el rostro de Virginia daba una sensación de miedo, duda y placer al mismo tiempo.

Mientras sus brazos tocaban la piel de su amante, ambos notaron como su piel lentamente se erizaba. Los dos se acostaron en el sillón que estaba ubicado en uno de los oscuros y fríos rincones de la desconocida sala. Justo sobre uno de ellos, una vela se derretía con el paso del tiempo.

El fantasma comenzó a desabrochar la camisa de Virginia hasta que ésta lo detuvo. Se levantó rápidamente y rompió en llanto. Simón la miró.

-No tienes que temer, no voy a hacerte daño– dijo mientras con su pañuelo secaba las mejillas húmedas de la joven.

Cuando se compuso, la besó y retomaron sus actos. Una vez que despojó a la joven de sus ropas, Simón empezó a besar todo su cuerpo, lenta y dulcemente, sintiendo su suave y perfumada piel, esto enloquecía a Simón. Luego de besos y caricias apasionados ella estaba preparada para ese momento de tantos nervios y miedo. Sus cuerpos se conectaron y un pequeño gemido de dolor y placer fue la música de fondo del ambiente. Las pieles húmedas por la transpiración se recorrieron el uno al otro llegando al punto máximo de placer. Los labios secos y arrugados del fantasma se apoderaron de los suaves y carnosos labios de la joven en un beso apasionado.

Virginia descansó en el pecho de Simón luego de lograr salvar el alma de su amante espectral. La joven lo besó de manera tierna en la mejilla y susurró en su oído que nunca lo olvidaría. Entonces Simón se paró y con una reverencia, le agradeció eternamente a la niña. Luego de un extenso y tierno beso de amor, Simón dio vuelta en dirección a la pared cuando un resplandor que encegueció a la joven se llevó al viejo fantasma que por fin podía descansar en paz.

## **Una visita no deseada**

Lautaro Alvez

De la nada, el fuerte sonido de una melodía, un tanto irritante, me despertó de un profundo sueño. A oscuras, con mi torpe mano izquierda, intentaba encontrar el celular que estaba sobre la mesa de luz para poder detener el insoportable sonido, cuando lo logré, de un manotazo sobre la pantalla apagué la alarma.

Al salir de la cama, sentí frío, entonces tomé una campera que estaba sobre el perchero y me la puse. Salí de mi cuarto y noté silencio absoluto; era claro que estaba solo en casa.

Cuando me estaba por ir a la cocina a hacerme el desayuno, observé por la ventana que el cielo estaba totalmente gris y que había niebla muy espesa, tanto que apenas se podían ver las casa de enfrente. Me dio algo de miedo estar sólo y tener las persianas abiertas con un día así entonces decidí cerrarlas.

Mientras lo hacía de casualidad, vi una sombra entre la niebla. Era la sombra de una persona, no logré distinguir sexo ni nada. La niebla era espesa que solo podía ver su silueta. Me puse nervioso y cerré rápidamente las persianas.

Al hacerlo, escuché unos fuertes golpes en la puerta del frente, como si alguien tocara para que le abran. Ante esta situación, el miedo en mí aumentó junto con la intensidad de los golpes.

Me dirigí rápidamente hacia mi cuarto y mientras lo hacía escuché un ruido muy fuerte, como el de una explosión, me di vuelta y vi la puerta abierta y comencé a escuchar pasos, algo estaba entrando a la casa.

Fui corriendo a la puerta de mi cuarto y cuando tomé el picaporte oí nuevamente la melodía, fue la primera vez que me alegró escucharla.

## **Mujeres de descarte**

Amancay Amadé González

En 1880, Guy de Maupassant escribió *Bola de Sebo*, en esta novela se refleja una problemática opresora histórica: el sistema social patriarcal. Bajo este sistema, las mujeres somos oprimidas en todas las clases sociales, porque se parte de la base de la creencia de la superioridad del varón sobre la mujer, y esta opresión es aún peor si una es de clase baja.

El capitalismo saca el mayor provecho de esto, es aliado entrañable del patriarcado. Podría decirse que van de la mano. Estamos en un mundo donde los ricos acumulan capital a base de la explotación de los trabajadores, donde hay constante exposición al miedo a la pérdida del puesto de trabajo y con salarios miserables. Muchas mujeres no encuentran otra salida para sobrevivir que con la prostitución. Porque en una sociedad donde todo es mercancía, siempre habrá un varón dispuesto a pagar por usar el cuerpo de una mujer por un rato. Porque ese cuerpo pasa a ser una nueva mercancía.

En la novela de Maupassant, Bola de Sebo es una señorita que se prostituye para vivir y así es como ella junta dinero para pagar un pasaje a Inglaterra y escapar de la invasión franco-prusiana, junto a otros personajes representativos de la clase alta. Durante el viaje, quedan atrapados en una tormenta de nieve. Bola de Sebo es ninguneada por los demás pasajeros, hasta que las horas pasan y los estómagos empiezan a crujir y allí Bola de Sebo ofrece la comida que se había preparado. Los demás se aprovechan de la humildad y la dejan sin comida. Es destacable que recién cuando pasa esto es cuando la tratan amablemente.

A partir de entonces, son rescatados por el enemigo y la continuidad del viaje depende de que Bola ejerza su 'trabajo'. La clase alta vuelve a ponerla en juicio por no querer hacerlo, esto genera presión en ella. Accede, pero en cuanto son liberados vuelven a despreciarla, porque había vuelto a ser lo que siempre había sido: una pobre prostituta que no tenía nada que ofrecerles, o mejor dicho, no había nada de lo que ella tuviera y ellos necesiten, nada para explotar o aprovecharse.

Hoy en día, la condena social que tuvo Bola de Sebo decir no y luego sí, sigue vigente. Las mujeres somos juzgadas por tener mucho sexo o por tener poco sexo. Los machistas asumen que porque una decide disfrutar del sexo como quiera, se puede comprar. Y si una dice que no, se puede violar.

Esto sucede hoy en 2017 y no es una novedad que nuestros cuerpos sean usados y descartados. Como le pasó a Bola de Sebo, que cuando continuó el viaje, los demás pasajeros la ignoraron y despreciaron.

Pero para que esto deje de suceder, hay que entender que el Estado tiene la mayor responsabilidad, porque es la institución que tiene las herramientas materiales para terminar con las desigualdades y la explotación. Para que las mujeres tengamos acceso a trabajo digno y no tengamos que recurrir a la prostitución. También es responsable la Justicia, que condena y persigue a las mujeres y trans en esta situación. Que libera violadores y femicidas y encarcela a las que se defienden de ellos, como Higua.

Es un cambio que parte desde una base material, para modificar lo cultural y finalmente, evolucionar como sociedad.

## Cierren el ataúd

Facundo Anco

¡Estoy listo! Heme aquí en mi infinito letargo. Qué afortunado soy al gozar de un ataúd tan cómodo. No fue para nada morboso proyectar a futuro de este modo, la tela que recubre el acolchonado no raspa en lo más mínimo. Los episodios catalépticos de Poe sentirían envidia de mi *confort*. Quiero decir, si me van a comer los gusanos, es necesario que yo me sienta a gusto.

Pero veamos mejor cómo es mi situación. Tengo un algodón en la boca, que no es para nada rico, y los labios sellados porque seguramente dudaron de mi higiene bucal. Aunque yo dudo más de la tradición de despedir a un muerto con un beso.

Desde acá, en mi quietud, mi “sentido arácnido” titila ante el hecho de que alguien está comiendo delante de un “fiambre”, es decir yo. Es asqueroso. Recuerden, “el que come y no convida tiene un sapo en la barriga”. Y esperemos que este desayuno les caiga mal o golpeen su dedo chiquito del pie con la mesita de luz.

Ahora que tengo un tiempo libre, bastante libre, comienzo a recapitular mi última cena: milanesa de pollo y arroz. Eso es triste, la vida del estudiante.

Y llegando a esta instancia, no logro recordar mi causa de muerte, seguramente algo digno de *Mil maneras de morir*. Tampoco me topé con ningún túnel, y no saldé deudas con ningún barbudo en bata. Debería de haberle preguntado dudas existenciales, tales como por qué “todo junto” se escribe separado y “separado” se escribe todo junto. Cosas así, de índole filosófico.

Sólo queda esperar que mi necrológica nombre mis hazañas en mi paso terrenal, y que increíblemente coloquen una buena foto en mi placa, que sería como encontrar una aguja en el pajar.

Finalmente, siento la necesidad de pedir la contraseña del Wi-Fi. No me quiero morir del aburrimiento, por favor.

## Nuevos visitantes

Agustín Arrigo

31, último día de mayo de 2017. Estaba cursando el Taller de Escritura I en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, en la ciudad de La Plata. En el aula, todos estaban escribiendo. Me encontraba en el fondo, a la derecha junto a Rocío, a quien conocí en el curso de ingreso y Bianca, a quien conocí al comenzar la carrera.

El día estaba hermoso, por lo menos dentro del edificio, porque afuera hacía mucho frío. Eran los últimos días de otoño, ya se acercaba el invierno. Desde el lugar donde estaba sentado, podía ver a través de la ventana la copa de los árboles, con apenas algunas hojas de color naranja. Varios, en un tono más fuerte y otras, en un tono más claro. Había muy poco viento, ya que el paisaje parecía intacto. El cielo estaba decorado con pocas nubes, era un ambiente muy propicio.

Todos estaban concentrados, escribiendo. Los ayudantes de la materia, Sofía, Agustina y Nehuén repartían los trabajos de la clase anterior. Todo parecía normal, como cada clase. De repente, se escuchó una explosión muy fuerte que hizo temblar el edificio. El aula entera quedó con la duda de qué estaba pasando. Algunos compañeros terminaron en el piso; otros, con heridas muy leves a causa de que los vidrios estallaron.

Una vez que la mayoría logró reponerse nos dirigimos a la ventana y al asomarnos vimos un ovni que había caído en las inmediaciones del frente de la Facultad. Todos estaban impactados. No podían creer lo que estaban viendo. De a poco la gente descendía hasta la planta baja. Mientras tanto empezaron a llegar los sistemas de emergencia, la policía, las ambulancias y los bomberos. Además de los medios locales.

Mientras algunos estudiantes y docentes eran atendidos por médicos, se había formado un círculo de gente que rodeaba el platillo. Todos estaban expectantes para ver lo que podría salir de adentro de él. Pasaron quince minutos y nada. Mientras tanto, llegaron los primeros científicos al lugar. De pronto, se abrió la puerta, que despidió una niebla y bajaron cinco marcianos. Por supuesto, todos sacaban fotos y filmaban con sus celulares.

Los extraterrestres miraban a los humanos. Parecían tener cara de felicidad, como contentos de llegar al planeta. Nosotros respondimos de la misma manera, con buena voluntad. Ellos no eran tan diferentes a como siempre los habíamos imaginado. Eran de color gris claro, petizos, tenían ojos grandes, no tenían cabello como nosotros. Su piel parecía como la de los pescados, solo que sin escamas. Durante un momento, todo fue silencio y el mayor de los marcianos dijo: “hola”.

Se había formado un ambiente festivo, los científicos fueron los que empezaron a dialogar con ellos. Dijeron que habían venido a la Tierra para convivir con nosotros. Fueron enviados como experimentos para ver cómo los seres humanos reaccionaban.

Los marcianos comenzaron a saludar y sacarse fotos con quien lo quisiera. Tenían confianza con nosotros. Cuando un estudiante preguntó porqué, respondieron que nos habían investigado antes de venir.

El ambiente alegre continuó y lo último que vi fue que un alumno les dio a probar mate. Mientras me fui a atender las heridas de mis manos, al explotar el vidrio me había cortado, pero el estar aturdido y sorprendido hizo que no me diera cuenta, los nuevos visitantes habían logrado captar mi atención.

## **El pasillo**

Lorenzo Barrionuevo

Siento un frío en el cuerpo y un leve viento a mí alrededor, de la nada despierto en un cuarto oscuro. Mis dedos están congelados, inmóviles por el clima en el lugar. Intenté pararme y con dificultad logré hacerlo.

Miro a mi alrededor, y lo único que veo es una puerta enorme con el picaporte oxidado y la madera desgastada. Al abrirla rechina y me encuentro con un pasillo que parece no tener fin. Comienzo lentamente a caminar por allí y siento como los latidos de mi corazón se aceleran, intento gritar pero no logro hacerlo. No había sonidos, solamente olor y humedad que inundaban todo el sitio. Fue tanto el esfuerzo que hice por gritar que casi pierdo la conciencia.

De repente, escucho a mis espaldas el eco de una voz que susurraba, “sigue adelante”, al oírla, se me hiela la sangre. Siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo. Comienzo a correr y a medida que avanzo, me voy agitando más y más. Giro la cabeza y me encuentro con un ser alto, como de dos metros, con sus ojos negros apuntándome y que avanza cada vez más rápido.

Al estar a casi un metro de distancia de mí, el ser repite el pedido: “sigue adelante”. Lejos de pensar en esas palabras, comienzo a acelerar mi paso y el temor que sentía en ese momento, se adueña de todo mi cuerpo.

Al llegar al final del pasillo, noto que no hay salida. Al girar, siento cómo el sujeto me toma de los brazos y me empuja a tres metros de distancia... en ese instante, despierto en el sillón de mi casa, mirando la película “Slenderman”.

## Metamorfosis colectiva

AgustínBazzo

Después de mucho tiempo planeando vernos, terminaron las clases y logramos concretar, en diciembre, para encontrarnos.

Era 14, faltaban tan pocos días para las fiestas. Hacía mucho calor, el sol te partía el alma. Pero nada iba a hacer que no pudiéramos vernos. El día soleado se veía conveniente.

Me levanté de tan buen humor, me bañé con agua tibia, hubiese sido agua fría pero para que el shampoo funcione correctamente, dejé el agua medio caliente. Me puse un perfume de cítricos de mi hermana, quería estar fresco; usé colores claros, una remera blanca y un jean en tonos celestes.

Los trenes desde La Plata a Constitución no andaban, pero por suerte, estaban en su reemplazo, unos micros, que tenían una frecuencia conveniente: partían desde La Plata cada cinco minutos casi exactos y su valor era menor a 3 pesos.

Estaba en la fila, esperando llegar, no tenía en mente viajar parado, hacía mucho calor y son 50 kilómetros de distancia, casi una hora viajando de pie. Las circunstancias y la ocasión no eran las indicadas. No era un día como cualquier otro.

Un colectivo salió, no subí porque ya no había lugar, hubo personas que optaron por viajar paradas. Yo no.

Casi cinco minutos después, llegó otro. Subí primero, estaba solo a 50 minutos de encontrarme con un día que prometía ser perfecto. Me senté en los asientos dobles, porque del modo que va sobre la autopista podría ver el campo y los animales, y del otro lado la calle.

La gente seguía subiendo y el colectivo se iba llenando. Calma.

De repente, un hombre exuberantemente obeso, se sentó al lado mío. Me incomodaba.

El tipo era tan grande que ocupaba parte de mi asiento, el suyo y con el muslo siguiente, parte del pasillo. Una creación un tanto burda y tosca.

El colectivo se va llenando ya había demasiada gente. ¿Calma? Se estaba esfumando. Me tranquilizo, es solo un viaje y ya. Pienso.

Arrancó y me puse ansioso, no quería pensar en otra cosa que en cómo sería el momento en el que nos vemos.

Antes de llegar a autopista, el colectivo agarró unas paradas sobre Camino Centenario - todavía no tengo bien definido si toma la forma de calle 13 o calle 19- pero más gente sube, a pesar de estar sentado, me sentía apretado con una masa de proporciones bíblicas al lado mío. Me resultaba desagradable.

Este tipo, de pelo medianamente largo, algo suelto y desprolijamente agarrado con una mecha de pelo, tenía una remera negra con una campera del mismo color. Es por el mito de que si vestís de negro parecés más delgado. Pensé y reí. Pero al mismo tiempo, vino a mi cabeza que con el calor que hacía no era bueno tener prendas oscuras, conservan más el calor. Era trágico porque su sudor lo sufría yo. Para ustedes tragicómico, porque también el sudor me lo fumaba yo. Hediondo. Él transpiraba y yo comience a hacerlo también. Me irritó.

Avanzábamos y las ventanillas entreabiertas no eran suficientes. El calor no se aguantaba.

Un par de mujeres con bolsos y mochilas, hablan entre ellas, hablaban gritando. En sí todo el colectivo gritaba. Si no eran los que hablaban por teléfono, eran los que gritaban entre ellos, para callar a los que estaban al lado. Podría asimilarse con una discusión en la honorable cámara de senadores, pero no. JakySieras. Ahí olía feo.

Era el maldito colectivo donde yo viajaba. Me molestaban tanto.

Los nenes lloraban fuerte, la gente gritaba y emanaba olores, cada uno diferente, pero todos articulándose para generar un olor más intenso y repulsivo. Podías oler humedad y

verduras echadas a perder. El perfume de cítricos ya no lo sentía. Yo también olía mal. Los odio.

¿Cómo es que era el único pensando en lo que pasaba en ese momento? ¿Podría ser así, podrían ellos estar disfrutando de este viaje como animales? Unos sobre otros, tocándose, apoyándose, transpirando y oliendo mal.

Faltaban poco por llegar. Pero no aguantaba más.

Esta gente me la estaba haciendo padecer, estaba casi sufriendo. Era inhumano, viajar con un cerdo vomitivo y sucio al lado, con gritos, sudor y olores nauseabundos.

Recuerdo a mamá que me dijo que podría tomarme un Plaza también, pero le dije que no. ¿Será que lo barato sale caro en realidad? En ese momento, lo creí cierto.

Llegamos. Tenía ganas de llorar. ¿Por qué?

Me vi y me sentí, ya no estaba limpio. Sucio puerco con olor.

Ahí estaba yo, y nos teníamos que ver. Horrible.

Ahí estaba yo inmundo, repelente, nauseabundo.

Transpiré, olí y grité. Ya era uno de ellos.

## **Huésped**

Josefina Carrizo

El llanto de ese bebé era desgarrador; era de esos llantos que se cuelan en los huesos y van partiéndolos de a poco. Era un llanto que todo lo destruía y que sembraba el dolor y la angustia.

Las preguntas entre los presentes comenzaban a surgir. ¿Quién era el padre? ¿Quién se haría cargo de ese pequeño? ¿Cómo se lo cría en estas condiciones? Nadie quería hacerse cargo de responder ninguna

La sangre cuajada, el olor a pescado, las tripas podridas, el calor humedecido y la descomposición de los cuerpos de esos animales muertos. Todo generaba aún más un ambiente menos propicio para la decisión de una tenencia.

El mercado era un alboroto.

Algunas de las mujeres presentes se desmayaban, algunos otros se ocupaban de socorrerlas, y unos cuantos restantes miraban como la gente miraba. Se miraban las miradas. Se miraban y volvían a mirar.

El llanto no cesaba. La criatura seguía en el suelo, llorando y cubierta de sangre, las sensaciones eran de desprecio y lástima, podía sentirse como curtían la capa más fina de la piel. Y los olores, generaban narices arrugadas y pieles amarillentas.

De a poco el lugar del hecho se iba vaciando, la gente ya no tan revuelta comenzaba a hacer oídos sordos y seguir con sus tareas. Las mujeres acomodaban sus sombreros y se alejaban mirando de reojo si se topaban con alguna otra mirada incomoda de sentencia. Los hombres, volvían al puerto para continuar con la pesca, o a los bares a ahogarse en el alcohol.

El mercado volvía a funcionar con normalidad. De a poco, todo funcionaba otra vez.

Los llantos eran incesantes. Comenzaban a formar parte de un paisaje desahuciado y desgarrador.

Me helaba la sangre de solo pensarlo. Pero al fin encontraba la paz de saber que esa mañana fría y neblinosa de octubre, detrás de unos canastos de verdura, vi como la muerte se llevaba a quien mi cuerpo había escupido como escoria. Y mis ojos rechazaban como ajeno, a ese conglomerado de células, que algunos momentos atrás, era el habitante de mis carnes.

## **Esto no está chequeado**

Candelaria Catalano

Y mirá que lo pedí eh. Sabía que nunca me habían prestado atención, que no iban a recordar lo que siempre dije. No era muy difícil, si siempre fui atea, desde chica discutía sobre el tema y decía que nada sobrenatural existe. En todos estos años, no me bautizaron y ahora traen a un tipo con sotana para que me salpique agua y repita frases raras. ¿Por qué no ponen una cumbia de fondo mejor? Y en vez de esos ramos de flores con dedicatorias ¿Por qué no decoran el lugar con frases de Walsh o algún cuadro del Che, una foto de una banda mejor? Además nunca me gustó dormir boca arriba ¿Podrían haber pensado en eso al menos?

“Ay, mirala, tan chiquita. Tenía toda una vida y un futuro por delante”. Emm... bueno. Eso porque no vieron las notas de mis últimos parciales, pero gracias. ¡Saque la mano de ahí señora! Tampoco me gusta que me acaricien o toquen el pelo. Otra persona que se acerca “yo creo que se fue en paz y feliz” si me fui y no terminé la carrera, si no voy a llegar a ver a la clase obrera alcanzando el poder y al patriarcado caer, si el aborto no es legal y no quemamos ni pintamos alguna cátedra, si me fui y el chico que me gusta recién debe haber aprendido mi nombre, si la banda de mi vida toca el domingo, compre la entrada y no voy a poder ir y sobre todo ¡porque estoy metida acá adentro, en un lugar con un olor horrible, lleno de gente que no para de moverse, de hablar, de llorar! No lloren, que nunca supe que hacer cuando la gente llora.

Además, ¿cómo voy a irme feliz si pedí que no me hagan funeral? Si sigo quejándome como siempre pero no pido mucho, solo que me saquen de acá ¿Pueden dejar de mirarme que me da vergüenza? Bueno, al menos ahora no debo estar sonrojándome.

Estoy empezando a pensar que toda esta gente se confundió y en realidad, querían ver a otra persona, a la mayoría no los conozco. Deben ser de esos familiares que siempre nombraron en mi casa y que nunca conocí. Si no nos vimos antes ¿Por qué hacerlo ahora? Es que mi familia paterna es numerosa y nunca fui... ¡ahí está! ¿Por qué mi papá no me salvó de esto? Está bien que no coincidiáramos en muchas cosas, pero en esto sí. Él tampoco quiere que lo velen.

Ya perdí la cuenta de las horas desde que estoy acá y que esta luz me da directo en la cara. Creo que me estoy resignando, sobre todo a la idea de que alguna de esas tacitas de café sea para mí. Algo para comer sería mucho pedir, capaz me traen un sándwich de jamón y queso o algo así porque nunca aprendieron que eso también es carne. Ni un vasito de agua, nada.

No pido mucho más ¡Que el último apague la luz, muchachos!

## **Los procesos no tan procesos**

Lucas Cayuqueo

Los procesos históricos que marcan una frontera imaginaria del antes y el después, no son tan así llevándolo a la práctica. Es claro que dejaron buenos mensajes e, incluso, ideas maravillosas para una sociedad moderna.

Una de las problemáticas, la cual hago referencia, es la aceptación de la mujer en la sociedad como par al hombre, lo que por diversas razones no es así. Tanto en la actualidad como en los siglos pasados la mujer estuvo a la espalda del hombre y no se la reconocía como un actor de la vida social, sino un objeto más.

Tomando en cuenta la novela corta *Bola de Sebo*, de Guy de Maupassant, éste toma a la mujer como inferior, como si el siempre hecho de ser del sexo opuesto la catalogase como dependiente. La encasilla en el rol de servidumbre hacia el hombre y que además, se dispone como objeto por ser de una clase social baja.



Si bien, el texto de Maupassant es en un contexto del siglo XIX, en la actualidad, quedan rastros de ese machismo. En un bar del centro porteño se escucha: "si le tirás unos pesos más a la moza, te la llevás", como si fuera un objeto al que el "hombre poderoso" puede adquirir con facilidad.

Está claro que para tener una sociedad que elimine esas situaciones machistas debemos generar un solo discurso de igualdad. Las mujeres y los hombres no son iguales, pero si tienen los mismos derechos. Ambos han demostrado la capacidad de poder hacer las mismas cosas, y el tiempo orientara a la sociedad sobre este tema.

## **Las vacaciones soñadas**

Juan Ignacio Elgorriaga

Solemos ir todos los años a Córdoba con la familia, es casi una costumbre pasar quince días del verano ahí, entre el río, la pileta y comer. Sin embargo, hubo un año en el que hubiera preferido no haber ido nunca a ese lugar.

Esa oportunidad, estábamos con la familia en el río. Salí del agua y me tiré en la arena a tomar sol, y de un momento a otro empecé a sentirme muy mal (dolor de cabeza, náuseas, dolor en todo el cuerpo y mucho frío). Todo esto hizo que no pueda levantarme.

Avisé a mis padres, como pude, e instantáneamente salimos del balneario con todas las cosas para ir a la camioneta y buscar algún médico. Surgió un pequeño problema que no tuvimos en cuenta, estábamos en un pueblo donde con suerte había municipalidad y, como estaba en la montaña, las calles iban para cualquier lado, se entrecruzaban, subían y bajaban, lo cual no ayudaba mucho a que me sienta mejor.

Llegamos al pueblo de al lado, preguntamos y nos embarcamos en la búsqueda de la "salita de emergencias", que no estaba por ningún lado. Dimos vueltas; recorrimos el pueblo de punta a punta (no nos llevó mucho tiempo) y varias veces. Cuando por fin la encontramos, mi padre tuvo que ayudarme a caminar hasta la entrada porque no tenía fuerzas ni para eso. Al entrar, me senté enseguida. No había gente esperando y eso era bueno, pero los médicos se tomaron todo el tiempo del mundo para atenderme.

Pasaron cinco minutos -unos eternos cinco minutos- y ya estaba pidiendo que me saque de ahí porque no aguantaba ni un segundo más, cuando apareció la bendita enfermera, con toda la alegría que caracteriza a los cordobeses. Me llevó a una habitación, prácticamente arrastrándome, y me acostó en una camilla. Habló un rato con mi padre y se reían, la enfermera vino hacia mí y me dio la inyección más dolorosa del mundo.

Empecé a sentir muchísimo dolor, y en lugar de sentirme bien, estaba cada vez peor. La enfermera hizo que me pare y se dio cuenta que estaba totalmente pálido, y por si era poco, me caí en sus brazos ya que no me podía mantener parado. Hasta llegué a decirle: "me quiero morir, no aguanto más".

La pobre mujer se desesperó y se dio cuenta, recién en ese momento, que no nos había preguntado algo más o menos importante: si era alérgico a lo que me habían inyectado. Por suerte la respuesta fue "no" y las cosas empezaron a calmarse.

Volví a la camilla y mediante ciertos movimientos con las piernas, empecé a recobrar los colores de a poco, y las ganas de vivir regresaron, aunque me dolía mucho la zona de la inyección y solo quería estar acostado. Salimos del lugar con un medicamento y mi padre, nuevamente, me ayudaba a caminar. En el auto, mi abuela estaba completamente enloquecida y ya estaba rezando, porque para sus ojos yo estaba muerto.

A partir de ahora, seguro se imaginan que las cosas mejoraron. ¡No! Pasé el resto del viaje tirado en la cama, sin poder hacer nada y comiendo arroz blanco, mientras veía cómo los demás comían asado, pastas, pollo, etc. Un sufrimiento total. Lo único bueno fue haber estado acostado y descubierto una serie para mí: "TheWalkingDead".

Aparentemente fue un virus, aunque nunca supimos bien de dónde pude haberlo contraído y porqué. Lo que sí sé es que volví a sentirme bien el día anterior a que nos vayamos. El mejor viaje de mi vida.

## **Aislado**

Juan Manuel Feuillant

Ramón no fue un afortunado. Con su corta vida, no conoció el amor y sus efímeras emociones no significaban nada.

Sus padres lo maldijeron desde el momento en que supieron de su existencia. Ellos no querían tenerlo, pero no pudieron evitarlo. Para peor, Josefina, su madre, falleció en el parto. Miguel había sufrido mucho la muerte de su mujer, a pesar de ser un violento y haberla golpeado innumerables veces. Él decidió culpar a Ramón de la muerte de Josefina, por lo cual acumuló aún más rencor.

La infancia de Ramón fue terrible. No obtenía cariño de nadie y enfermaba muy a menudo. Su padre no le permitía jugar y divertirse, aunque de vez en cuando escapaba al jardín de su casa a gastar la energía que tenía. Corría, saltaba e imaginaba que era alguno de esos personajes de la televisión que tanto le gustaban. Sin embargo, sabía que luego sería castigado.

Con el correr de los años, cuando ya tenía 6 años precisamente, Ramón ya no jugaba, ya no reía, no hablaba. Se sentaba frente al televisor y miraba cualquier canal. Nunca concurría al colegio y muy pocas veces había salido de su casa.

Cuando su padre se iba a trabajar, él sólo miraba por la ventana el parque que se encontraba frente a su casa. Él notaba algo especial entre los padres y sus hijos. Pero no sabía qué era. La sonrisa en sus caras se parecía a eso que él hacía cuando se escapaba del jardín de su casa. Cuánto deseaba Ramón tener esa sonrisa; y cuanto más lo deseaba, más odio sentía por su padre. Pero él no sabía qué era el odio, sólo era algo que le hacía sentir su padre, querer hacerle daño, hacerlo sentir mal.

Casualmente, un día, Ramón encontró una tijera que había olvidado su padre en la mesa. La observó, la tocó y sintió un dolor muy intenso en su mano. Luego vio sangre. Sabía lo que era la sangre por un programa televisivo que había visto. Sin pensarlo mucho, imaginó que le gustaría que su padre sintiera ese dolor.

Entró a una oscura habitación donde Miguel dormía y clavó la tijera en su cuello. Ramón nunca supo que su padre había muerto, él sabía que nunca había despertado. Ramón no conocía la muerte.

## **¿Marcianos socialistas?**

Sol Giménez

Estaba en la puerta de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Cursaba el Taller de Escritura, cuando me empezaron a llegar notificaciones al celular, muchos de mis contactos estaban haciendo transmisiones en vivo en *Instagram*. Me pareció raro, pero no hice caso y seguí tomando mate.

De repente, Cande, mi compañera, me mostró un *tweet* de un portal de noticias. El artículo decía que nos estaban invadiendo los marcianos. Se lo mostramos a Agustín, otro de mis amigos. En un principio, creíamos que era algún tipo de chiste y empezamos a hacer bromas y comentarios entre nosotros.

Sorpresivamente para los tres, entró una persona al aula, le dijo algo en voz baja a Rossana, la profesora, y ambos se retiraron con dudoso "ya volvemos", y se retiraron rápido y en silencio. En ese momento, todos empezaron a hablar con un tono serio y preocupante de una invasión extraterrestre, de la que nos habíamos estado burlando.

Cuando Rossana, la profesora, volvió, nos dijo que no sabía bien lo que ocurría, sin embargo por seguridad, la clase terminaba en ese momento. Me alegré porque salíamos más temprano.

Al retirarnos del aula, nos dimos cuenta que, también lo habían hecho el resto de las personas que estaban en la Facultad. Al intentar salir todos a la vez y apurados, se hizo un tumulto de gente que nos impedía escapar.

Estaba aburrida así que escuchaba los comentarios del resto de las personas, quería ver qué información sabían. Pude escuchar preguntas como: "¿andarán los micros?", "¿para cuándo podré completar el parcial que me quedó a medio hacer?" A lo lejos escuché: "para mí, es un plan de los yanquis".

Mientras tanto, seguíamos atrapados en el edificio. Escapando de una invasión que descreía en cierto punto, pero sin la certeza de estar a salvo cuando salga de ahí. Me puse a pensar el punto de vista de estos seres que nos invadían: ¿qué pensarían de nuestra sociedad?, ¿le dirán "gato" a Macri?, ¿sabrían lo que es un gato?, ¿sabrían lo que es un 'Macri'?"

Quizá no eran tan malos como pensábamos. Hasta estaba la posibilidad de que fueran socialistas. ¿Por qué no? Le comuniqué mi pensamiento a Cande, se rió. Me preguntó: "¿Marte es un planeta rojo porque es socialista?" Nos reímos y seguimos tomando mate, no sabíamos cuánto tiempo cuanto íbamos a estar hasta poder salir, era una forma de entretenernos.

En medio de la gente, empezamos a reflexionar. Si estos marcianos eran zurdos ¿se podía llamar marxianos?, ¿tenían un Alienin? Imposible era disimular las carcajadas, pero tratábamos porque nos estaban mirando mal. Eso no impidió seguir con los chistes y dije en voz demasiado alta "¡¡inos stalinviendo!!!".

## **Desangrada en la esfera**

Candelaria Gómez

La veo y me ve, está sentada llorando en el centro de una esfera que la encierra. Está gritando muy fuerte, veo que su cuello se pone rojo y las venas le sobresalen. Le sangran las muñecas. Es mi hermana, tengo que ayudarla, necesito ayudarla.

No sé cómo hacer. Estoy por fuera de la esfera, sus ojos están cargados de pánico y trata de frenar con sus propias manos el líquido rojo y espeso que despiden a borbotones inconmensurables sus muñecas. Me está mirando y me grita que la ayude.

Empiezo a agitarme y a golpear la esfera. No se rompe. ¡No se rompe carajo! La sangre me bombea muy fuerte en los oídos, me ensordece. Corro y trastabillo alrededor buscando algo.

Me tiro al suelo y sin hacer caso al reclamo de mis rodillas por el golpe, empiezo a excavar el borde, la tierra se me mete en las uñas pero no veo que se abra ningún hueco.

Llora, llora mucho y cae de rodillas, se está debilitando. Lloro yo; no la puedo dejar morir. No la voy a dejar morir. El nudo en mi garganta se hace cada vez más denso y siento mi cara contraída y empapada por el llanto.

Golpeo la esfera, la pateo, me separo un par de metros y vuelvo a impulsarme con toda la fuerza de mi cuerpo. Ya ni siquiera se mueve, está pálida, está quieta, no veo que su pecho se mueva con el ritmo típico de la respiración.

Está muerta, lloro tan fuerte que mis lágrimas caen a chorros, grito tanto que el ardor en mi garganta se hace insoportable, pero es inútil, muy inútil. En un charco de sangre que se empieza a tornar amarillada está tendido el cuerpo joven y sin vida de mi hermana. Yo afuera, inmóvil. Me duele, no pude.

Perdón hermana, por favor perdóname.

## Contacto

Perla Gómez Montoya

Normalmente, cuando uno habla de *aliens* siempre se trata la misma imagen trillada del enano verde de ojos negros y cabeza excesivamente desproporcionada para su cuerpo. Obviamente se le debe agregar el típico platillo volador que se desplaza a velocidades inalcanzables para el hombre y que, casualmente, seis de cada diez personas aseguran ver al menos una vez en algún momento de su vida.

Como siempre, cualquier historia relacionada al tópico desata opiniones, relatos vividos por un pariente o en carne propia y el típico comentario del escéptico que todo lo justifica con trastornos mentales. Pero si bien hay muchos documentales y películas que nos introducen a la vida extraterrestre, la realidad siempre supera a la ficción, y definitivamente aquel día fuimos testigos de ello.

Era un típico día de cursada, la mañana era fría y nadie se encontraba fuera del edificio de la Facultad. En el interior, se encontraban pequeñas masas de estudiantes charlando, mientras las diversas agrupaciones pintaban y colgaban carteles. En el aire, se sentía el aroma a café que surgía de los termos arriba de unas mesas.

La única persona que parecía animada era una señora, que con mucha energía barría el piso y limpiaba todo a su paso. A lo lejos, se escuchaba el sonido del ascensor subiendo y bajando.

La novedad de la mañana había sido un misterioso hombre de aspecto indigente, quien había ingresado al edificio a media mañana recitando versículos de la biblia y anunciando que el cambio era inminente y estaba cerca. Por supuesto aquel discurso fue tomado a modo de broma de mal gusto, dado que por aquella época el “cambio” de Macri había entrado en vigencia y no estaba funcionando.

Posterior al sermón el hombre, se sentó en el suelo y comenzó a dibujar formas inentendibles con carbón, tarea que realizó hasta finalmente ser echado por la señora de la limpieza quien rápidamente limpió las figuras insultando por lo bajo.

Las advertencias del particular personaje, sin embargo, lejos de despertar miedo o incertidumbre animaron el resto de la mañana, que estuvo repleta de comentarios y bromas respecto al fin del mundo, y como los políticos, entre otras cosas, eran la causa de ello. Ninguno realmente creyó en una posibilidad de que algo así en verdad sucediera, hasta que por supuesto, sucedió.

Para aquel momento, era cerca del mediodía, varios estudiantes se encontraban fuera fumando o disfrutando del sol que opacaba la ola de frío anunciada aquel día. De un momento a otro, se oyeron gritos, seguidos de ruidos de pasos y una pequeña concentración de gente desesperada en la entrada del frente.

Todo era confuso. Una vez dentro, algunos corrían mesas para tapar las entradas en un intento inútil de frenar a los entes, que descendían desde una especie de nave a la distancia. Otros corrían para encerrarse en aulas o llamaban por sus celulares. Algo si era claro, no teníamos idea de qué hacer y nada sabíamos de aquellas presencias. Ahora entendíamos todo. La realidad no era como en las películas, la CIA no llegaría a nuestro rescate y Macri no entraba en la ecuación; nos sentíamos estafados, perdidos.

Podría entrar en detalles sobre cómo se dieron los hechos siguientes, pero estaría mintiendo si dijera que efectivamente lo recuerdo con claridad. Algo sé con seguridad, podría haber sido peor. Lo último que permanece en mi mente es verlos a unos pasos de la entrada, a punto de entrar. El resto es historia desconocida.

Más allá de que nunca entendimos cómo, ninguno salió perjudicado, salvo un vendedor de panes rellenos que fue robado en medio del desmán. Luego de un tiempo buscando a los culpables se cerró su caso, ya que todos concluimos en que habíamos perdido la memoria en algún momento de la invasión, o al menos eso decíamos todos.

## **Interna Inquietud**

BettinaGorla

Corría por el patio abandonado de una iglesia, ignorando nuestra presencia. Queriendo destacarse entre los árboles sin hojas y el pasto crecido, circulaba tranquilo. Su esencia estaba, pero en el cuerpo de un nene de diez años, que no tenía preocupaciones más que poder jugar en libertad. El amigo fallecido de mi hermano mayor no perdía una oportunidad para captar nuestra atención.

Acurrucada a mi hermano como si necesitara protegerme, siento una presencia a nuestro lado que susurra cosas a su oído, no puedo escuchar de qué se trata, sin embargo es una voz tenebrosa que despierta las peores sensaciones en mí.

Ahora, me quedo callada y presto total y completa atención para poder oír algunas de las indicaciones que le estaba dando y debe hacer si quiere reencontrarse con su amigo otra vez.

Yo sé de qué se trata todo y a donde quieren que vaya, pero mi hermano, al parecer no lo nota, más bien se encuentra intrigado y pregunta, un tanto distraído, de qué se trata y cómo puede lograrlo.

El miedo no se va y mucho menos puedo apartar todo tipo de mal pensamiento. Intento convencerme a mí misma que el bien triunfa sobre el mal, recuerdo alguna de las frases que nos daban en la escuela católica. Eso me daba ánimo. Susurro "Dios nos ama" para fortalecer ese sentimiento.

Tomo coraje y decido enfrentar a eso que tanto temor me estaba generando, aquello que aún no sé cómo describir pues no tenía rostro ni cuerpo. No nos deja tranquilos. Un frío estremecedor recorre mi cuerpo, erizándome la piel.

Me inmuta por un momento, pero cuando logro tomar firmeza, le grito con todas mis fuerzas aquello que no paraba de susurrarme a mí misma. Ese grito desesperado, logré que lo que había visto como un espectro se fuera.

Sin embargo, el suspiro de alivio dura poco, porque vuelve a aparecer más cerca aún, decidido a no abandonar sus planes de llevarse a mi hermano, queriéndolo convencer. Esta vez, más furiosa que asustada, vuelvo a escupir la frase que lo había hecho desaparecer. Sin embargo, esta vez no se va, sino que me observa expectante. En ese momento, se acerca diciendo que el demonio nos controlaba y nada podíamos hacer al respecto.

Quedo inmóvil y lentamente soy empujada lejos, con toda la imposibilidad de volver a la anterior postura. Al abrir los ojos, la presión sobre mi espalda no se iba y aún continuaba sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo. Pero había algo que me tranquilizaba, y eso es saber que mi hermano estaba serenamente dormido en su cama.

## **Rupturas de vida**

Juana Granzella

Lo sé, sé que tenía tan solo siete años, seque la vida nos unió, el tiempo pasó y la historia ablandó, pero también sé que nada de esto, ni cualquier otra cosa, logró el perdón. Desde entonces llevo ese remordimiento frío y oscuro en mi corazón. Ella había destrozado toda posibilidad que tenía de ser feliz, habría desechado sin piedad los sueños ambiciosos de una niña simple y ordinaria.

Hoy, a exactamente 13 años de aquel día tan doloroso para mí, acá estoy, tirada en la puerta de su casa, sintiendo la peor sensación que alguna vez había podido sentir. La venganza vacía.

No voy a negar que mis emociones fueron extrañas y no del todo estables. Al tomar la decisión, se produjo fuerza y coraje; me sentía la heroína del mejor cuento infantil. Logré entrar. Ahí fue cuando mi cuerpo dejó de estar cegado por la falsa sensación de felicidad y

comenzó a sentir lo que realmente sucede al momento que uno mismo es consciente de que va a arruinarle la vida al otro: terror.

Al principio, mis pies eran dos estacas sosteniendo fuertemente una tienda que al volar, podía llegar a sacudir sin tolerancia a cualquiera que estuviera presente. Fue entonces cuando algo, tal vez una chispa de consideración, me dijo que tenía que huir de ahí. Pero a veces, un mal pesado puede nublar la razón.

Un paso, dos pasos, tres, cuatro, hasta finalmente llegar al objetivo. Durante este lapso, las “mariposas en la panza” hicieron su mejor actuación. Pero éstas eran asesinas, intentando devorar lo poco humano que quedaba en mí.

Nada fue más fuerte que mi ciega e inútil sed de venganza. Mi objetivo estaba ahí, frente a mis redondos y maliciosos ojos, solo tenía que tomarlo y destruirlo. Era tan fácil como disfrutar de una noche de verano.

Lo tomé. En ese momento, claramente nada más importó. Entonces, lo miré y mientras caía una lágrima de culpa sobre mis chupadas mejillas, me pregunté si mi mejor amiga realmente merecía que yo después de todo, le hiciera lo mismo.

Un fuego me recorrió desde los pies hasta la cabeza en un instante. Miles de demonios sonaban en mi cabeza dándome la sensación de explosión. Sentía como mi garganta se rompía en infinitas y dolorosas grietas que no dejaban escapar ni el más agudo aliento de consciencia. Un infierno, eso era. Un impulso violento y lleno de maldad natural se apoderó de mí. Lo rompí.

Mi fuego se apagó, mi garganta se cerró y la culpa me ahogó en un mar de lágrimas insostenibles, que me obligaron a tomar la más sencilla salida.

## **Todo olvidado**

Rocío Guana

Ya eran las 12:10 am del miércoles 31 de mayo en el aula 18 de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata, donde se estaba dando la clase del Taller de Escritura I.

Sentada en los bancos del fondo junto a las ventanas que daban al estacionamiento, estaba hablando con mis compañeros Bianca, Brenda y Agustín sobre lo que podríamos escribir en el texto para el día. De pronto, se escuchó un golpe afuera. En ese momento, nos dijeron que eran producidas por la obra en construcción que está al lado pero se oyeron cada vez más fuerte. De repente, vimos salir algo de entre los autos.

Nos sorprendimos, sin embargo, seguíamos mirando a esta especie de rana babosa que salía lentamente pero destruyendo el concreto a la vez

-¡Ey! El grupo del fondo...¿qué hacen pegados a la ventana?- se escuchó fuerte la voz de la docente. -¡Diez líneas más!

Se acercó y cerró las cortinas, sin ver afuera. La clase continuó y no se nos ocurría nada sobre qué escribir, queríamos terminar e ir a ver qué era lo que salía del estacionamiento. Pero menos podíamos pensar con los nervios, el ruido de las alarmas de autos y los golpes que venían de afuera.

Se hicieron las 12:28 y seguíamos en el aula. Escuchamos gritos en los pasillos y Sofía, una de las ayudantes de la clase, entró corriendo y gritando que nos vayamos, que saliéramos ya. Nadie podía explicarnos nada. Antes de que pudiéramos levantarnos de los bancos, una especie derana entró por la ventana, dos mesas al frente nuestro, se llevaba todo a su paso, levantaba pupitres y los sacaba fuera del salón.

Todos corríamos al pasillo, bajamos las escaleras esquivando estas “ranas” que se iban llevando estudiantes por los aires. Afuera, ya había camiones de la policía y del ejército. Nos sacaban, nos alejaban de la Facultad, pero no nos fuimos. Desde la calle, veíamos cómo se levantaban estas ranas envolviendo autos, camiones, personas y lo que en su camino se cruzara. Una de ellas llegó al gran árbol de la entrada, lo enredó y lo despegó de

la tierra. Pensamos que lo iba a tirar, como estaba haciendo con todo, pero solo lo sustrajo hasta volver a meterse en el suelo del estacionamiento.

Todo recobró la paz con la Facultad, clausurada por partes rotas. Tuvimos pocas clases ese año y luego volvimos como si nada hubiera pasado. Si hoy nos acercamos hasta Periodismo, nos daríamos cuenta que falta en la entrada el árbol. Las personas del lugar solo van a decir que era viejo y lo tiró una tormenta.

## **Una triste despedida**

Emir Henríquez

Estaban todos en mi funeral. Se realizó en la cochería de Esquel. Permanecía acostado en el cajón, muy quieto. En el ambiente había demasiado silencio por parte de las personas que fueron a verme y de vez en cuando, se escuchaban sollozos y susurros. Cuando se acercaba la gente a mi ataúd permanecían estáticos frente a mí y me dirigían una mirada triste.

No podía consolarlos ni nada. Estaba dentro del cajón con los ojos cerrados y solo podía oír a las personas y oler el perfume de bebé que le ponían al ataúd. Lejos de mí podía escuchar a mi mamá llorando y yéndose el lugar porque realmente se sentía mal.

Faltaban dos horas para que me llevaran al cementerio, por lo que empezaron a entrar mis amigos y mis hermanas acompañadas de mi papá. Ni bien ingresaron a verme podía notar lo deprimidos y angustiados que estaban todos. Excepto mi padre que permaneció callado y tranquilo hacia mí. Lo que percibí es que se acercó al cajón, me dio un beso en la frente y se retiró de la cochería. Los dos no teníamos mucha relación por lo que fue muy clara su despedida. Mis hermanas me acariciaban la cabeza y a veces su respiro desconsolado rozaba mi piel estática. Me despidieron diciéndome que me iban a recordar con mucho amor al que siempre fue un buen consejero y psicólogo en muchas situaciones tanto buenas como malas.

Mis amigos, tanto varones como mujeres, me observaban tristes. Yo podía sentirlos muy cerca de mí pero la que más estaba aproximada hacia mí era mi amiga Rosana, porque sentía su olor de siempre. Su fragancia con olor a flores. Eso fue bueno porque estaba harto de seguir oliendo el perfume infantil y fuerte que me agregaron al ataúd.

La cochería ya se encontraba vacía. Los últimos en irse fueron mis amigos, quienes mediante sus sollozos, me habían comentado de todos los momentos que pasamos juntos como juntadas, charlas, peleas etc. Me había quedado con muchas ganas de abrazarlos y hablarles pero claramente no podía.

Eran mis últimos minutos en el lugar. Me hubiese encantado que estén mis tres hermanos chiquitos, pero es entendible, la muerte es muy fuerte. La última y única persona que oí que entró fue mi mamá. Me miró una vez más y me dio un beso en la frente diciéndome que siempre me va a amar y que no es una despedida, sino un hasta pronto. Finalmente, se fue.

Al instante aparecieron las personas que llevan el cajón al cementerio. Mi cabeza ya se iba apagando. Los últimos recuerdos que me quedaron fueron todas las bellas palabras que me dijeron las personas que tanto quiero.

## **De mercader a marinero**

Luca Menecozzi

En un París preindustrial, ciudad capital y abombada de gente, se encontraba uno de los mercados más importantes de la región. Pero este mercado no tenía características a la altura de su fama.

Se extendía por unas veinte o treinta cuadras. Y siempre estaba colmado de personas, perros, ratas, cucarachas y otras pestes. No era un lugar apto para vivir, y todo el que pasara más de unas horas seguro se llevaría alguna infección de recuerdo. Sin embargo, esto no fue impedimento para que algunos niños nacieran o crecieran ahí.

Este fue el caso de Jean Baptiste, un niño huérfano que fue criado entre los puestos del mercado. Los vendedores le contaron que fue abandonado por su madre apenas nació, aunque no que fue asesinada en la guillotina, y que nunca supieron quién era su padre.

Los mercaderes se hicieron cargo de Jean, lo alimentaban con las sobras de sus comidas como a los perros y lo vestían mientras crecía.

De día, trabajaba en los puestos vendiendo, separando la mercadería podrida o descargando los carros que venían del puerto. De noche dormía en los toldos de los puestos, tapado con otros toldos para no tener frío y no escuchar las peleas de los perros o los ebrios que recorrían esas zonas por la noche.

Trabajó en todos los rubros, aprendía muy rápido lo que los mercaderes le enseñaban. Incluso a veces se lo intercambiaban como si fuera mercadería, así que trabajó desde en verdulerías de las primeras cuadras hasta el mercado de mariscos. En este último era donde más amaba trabajar. Le encantaba sentir los olores fuertes de los pescados en descomposición, los calamares que se desechaban y las tripas de los cerdos que desmembraban en los puestos de al lado. Creció escuchando las historias de los comerciantes y marineros que llegaban desde el puerto.

Conoció al hijo de un capitán de un barco pesquero. Éste le contó historias sobre el mar y cómo era el mundo fuera de ese mercado en el que vivió durante quince años. Incluso le enseñó a leer.

A Jean lo apasionó la idea de aprender, tanto que un día, a escondida de los mercaderes, se escapó con el joven. Fueron hasta el puerto, donde había un barco pesquero. Era un barco pequeño con no más de quince trabajadores de distintas partes del mundo. El joven le explicó a su padre que Jean podía ayudar en el barco y éste accedió a llevarlo. Zarparon ese mismo día y los mercaderes nunca más los volvieron a ver.

## **Un chico que cambió su manera de ser**

Agustín Menn

Hace muchos años atrás, en una ciudad muy tranquila en donde no existían los robos, asesinatos o discusiones entre vecinos. Allí vivía un joven llamado Max, en una casa estrecha, con una ventana y pocas ventanas. Él era una persona muy poco sociable, le gustaba mucho el color negro, expresaba muy poco lo que sentía y pensaba mucho en cómo se sentían las demás personas, a pesar de que sus hermanos y compañeros de clase se pasaban los días molestando diciéndole cosas que le afectaban.

Todos los días Max sufría lo mismo pero él jamás se violentaba o se defendía, solo dejaba que lo molesten, que hablen de él y que lo traten como "el raro", o el antisocial. Pero eso nunca le impidió expresarse, de la única manera que sabía, por medio del dibujo dejaba salir todos aquellos sentimientos que lo dañaban.

Sus dibujos demostraban tristeza, felicidad y, a veces, ira. Porque dependiendo de lo que esté pensando, tanto comode él mismo como para/con los compañeros, era lo que luego se retrataba en la hoja blanca. A medida que pasó el tiempo, sus dibujos se empezaron a volver más violentos, y dejaba atrás la instancia de felicidad que por momentos lo acompañaba.

Ya transcurrida la primera mitad del año, comenzó a dibujar a las personas que le molestaban, por lo cual las imágenes que él proyectaba era la forma que tenía para vengarse de ellos.



Al llegar el fin de año, se organizaba una fiesta en el colegio a la que Max quería ir. Cosa que su madre no sabía. Tomó todos sus dibujos y partió a la dirección indicada, con el fin de mostrarles a todos su realidad.

Cuando llegó a la fiesta, cerró las salidas de emergencia del colegio y del bolso en el que llevaba los dibujos sustrajo un arma. Empezó a matar a todos, uno por uno, hasta que no quedó nadie. Al terminar, miró todo lo que había hecho, se dio cuenta de que su venganza no era del todo efectiva, ya que se había quedado solo. Salió a la calle cubierto de sangre, un policía que custodiaba la cuadra lo vio, alerta a las unidades cercanas y procedió a arrestarlo.

Al tiempo, Max estaba encerrado en una habitación acolchonada, con una camisa de fuerza, tirado en el piso viendo el mismo punto por horas. Cuando los peritos que llevaban a cabo el juicio quisieron entrevistarle, se dieron cuenta que ya no estaba con vida.

## **La muerte**

EmerssonMinaya

Andaba La Plata, un día lluvioso con tormenta eléctrica y vientos estremecedores. Caminaba por la calle y se me cayó el celular, sin darme cuenta que venía, a gran velocidad, una camioneta. No me dio tiempo a reaccionar... quizá pudo haber sido diferente la historia, porque si no me hubiera detenido esos segundos para levantar el celular todo habría distinto.

La cerré los ojos y sentí el impacto del parachoques en mi cadera. Me arrastró unos cuantos metros. Tirado en el pavimento vi cómo se alejaba la camioneta que me había dejado tan malherido. Unas personas que pasaban por la zona me auxiliaron, era un joven, lo vi con claridad.

Me llevaron al hospital más cercano, tenía heridas grandes en todo el cuerpo, lo más grave fue el traumatismo que el accidente me generó en la cabeza. Se me rompió la cervical. A los tres días, fallecí por una infección generalizada.

La noche anterior a mi muerte tuve un sueño. Se me presentaron dos caminos y tenía que elegir uno; escuchaba el susurro de una multitud gritar, tenía que caminar hasta llegar a una mansión dorada, con puertas plateadas que reflejaban el sol hasta casi dejarme ciego.

Se abrieron las puertas y escuché al doctor informar la hora de mi muerte, seguido de eso el llanto de mi familia al unísono.

## **Un rayo de esperanza**

Brenda Miño

Abrí mis ojos pero fue inútil. No conseguí visualizar nada. Me encontraba en tinieblas. Tenía mucho frío. Mi cuerpo estaba helado e inmóvil. Moví el brazo para tratar de tocar algo y a mis costados noté que había paredes que eran de madera. Una enorme angustia inundó mi pecho.

El vacío que empezamos a tener todos los seres humanos al nacer, que siempre está pero que ignoramos intentando distraernos con otras cosas para no pensar en eso y volvernos locos. ¡Ese vacío! En ese momento, no pude impedir que se quedara ese vacío conmigo. Empezó a tomar posesión de todo mi ser provocando que no pudiera contener las lágrimas. Estaba tan asustada, no sabía qué hacer. Tenía mucho miedo, no sabía en dónde estaba. Tenía el presentimiento de que todo estaba perdido.

En mi cabeza, sólo venían pensamientos como 'ya no hay más salida para vos', 'tus sueños, todos tus planes se frustraron'. Esos sueños que tenía de ser feliz, de casarme con mi novio, de tener dos hijos. Todo, todo estaba perdido. Ya no había vuelta atrás.

-No, no, no acepto eso– me dije.

De repente, me incorporé y me choqué la cabeza con algo muy duro. Comencé a gritar

-¡Auxilio, auxilio! Que alguien me saque de aquí.

Nadie respondía y yo no paraba de llorar por los nervios y la impotencia que sentía por no conseguir salir de ahí adentro.

En un momento, escuché los pasos ligeros de alguien que me decía: “Tranquila, te voy a sacar” y empezó a golpear la madera hasta que consiguió romperla. Vi cómo un rayo de luz la atravesó.

En ese instante, todos los pensamientos de desesperanza comenzaron a esfumarse y reapareció la vida que me parecía ya haber perdido.

## **Suceso inesperado**

Joaquín Morosi

Era un día más, estaba cursando como todos los miércoles a la mañana el Taller de Escritura I en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata. Escuchaba a la profesora, que describía el texto del día y su relación con la época en la que se había escrito y sobre quién lo había escrito.

Mientras atendía su explicación, mi mirada se dirigió hacia afuera. Observé cómo rápidamente el cielo se cubría de nubes intimidantes, que a partir de su color gris oscuro provocaron la distracción de toda la clase.

De repente, comenzaron a escucharse ruidos, que todos pensamos que eran truenos, pero cada vez eran más fuertes y más cercanos. Empezamos a inquietarnos y a mirarnos desentendidos buscando alguna explicación. Había un viento cada vez más fuerte que nos obligó a cerrar las ventanas. Inmediatamente dos figuras orales aparecieron, en el cielo tormentoso, sobrevolando la Facultad.

Estos objetos voladores no identificados aterrizaron con sonidos penetrantes, que se asemejaban a los que producen los juguetes para chicos, y provocaron un aturdimiento general. Las naves extrañas se ubicaron en el frente de la Facultad y encandilaron con sus luces la visión de los que miraban impactados por la ventana.

El temor se apoderó de todos los que estábamos en la Facultad. La reacción instantánea de los presentes fue salir corriendo y gritar buscando una escapatoria o un lugar blindado como refugio ante la llegada de lo que eran extraterrestres.

Corría sin dirección mientras chocaba con un montón de personas; con algunas de ellas tenía relación o simplemente la conocía de haberlos visto alguna vez por los mismos pasillos y las mismas aulas por donde ahora había invadido el pánico.

Era imposible detenerse y pensar qué hacer porque nada de lo que ocurría era normal ni había pasado antes.

Mientras corría, observaba a mi alrededor el terror que estaba dentro de cada estudiante, docente, no docente, autoridades y personas ajenas a la Facultad que por alguna razón se encontraban ahí. Se me cruzó por la cabeza la idea de que nadie podía hacer nada y que estábamos indefensos y a la deriva de los marcianos.

Llegué a la planta baja y veía seres extraños por todos lados, no encontraba la salida a esa pesadilla real. Seguía esquivando gente que reconocía, tratando de salvarme de lo que me podía pasar.

Entré a un aula que daba al patio trasero y rompí una ventana ante la desesperación por escapar.

Logré salir y entonces corrí como nunca antes sin mirar atrás. Corrí en busca de mi casa, el único lugar seguro que se me ocurría. Llegué a casa, donde no había nadie. Me encerré y el cansancio se apoderó de mí. Desde allí, no recuerdo nada más.

## **Soy un ser omnisciente**

Francisco Núñez

“En determinado momento tenemos que dejar este mundo. Pero no siempre estamos preparados para hacerlo, porque nadie piensa en la muerte o tenemos miedo de saber cuándo nos va a llegar. Desde que estamos vivos, tratamos de vivir nuestros días de la mejor manera posible. Sin imaginar que algunas veces, la muerte nos puede tomar de sorpresa. Lo ideal es partir cuando creemos que hemos cumplido nuestra misión en la tierra y hemos dejado lo mejor de nosotros. Te agradecemos amigo porque a pesar de haberte marchado, nos has dejado un pedacito de ti en nuestros corazones. Siempre te recordaremos con alegría”.

En el momento en que mi mejor amigo pronunciaba estas palabras, me daban ganas de salir de este ataúd para abrazarlo y decirle que todo estaba bien.

Sentía los ramos de flores caer sobre este cajón de madera y escuchaba los diferentes sermones de otros amigos. Pero hubo dos personas que me llamaron la atención con las palabras que me dedicaron.

Una de esas personas fue un antiguo compañero de primaria, con el cual nunca tuvimos una buena relación. Me planteó todas las acciones que hicieron que me odiase hasta el día de hoy. Me hizo recordar la vez que le escondí sus útiles escolares en el salón de los chicos más grandes y la vergüenza que le hice pasar. Todos estos relatos generaron en mí un profundo dolor. Hicieron que me replantease todo lo que había hecho y a cuántas personas herí con mis acciones. Al final, no fui tan buena persona como pensaba mi mejor amigo.

Y para mi completo asombro, la otra persona que me dedicó unas palabras fue un amigo inglés, a quien conocí en un intercambio con el colegio. Me sorprendió que hubiera viajado tantos kilómetros para asistir a mi funeral. Hizo *unraccontode* todas las experiencias que compartimos como compañeros en el tiempo que estuve en Inglaterra. Lo que más se acordaba era la vez que había nombrado el mate. Me alegró saber que pude dejar algo de mí en él, y me hizo dar cuenta que me rodeé de muy buenas personas.

Al final mi velorio fue un momento muy especial, ya que me di cuenta de las personas que me querían de verdad y de otras que no tanto. Y que cada acción tiene consecuencias.

## **Sin poder gritar**

ThelmaNuñez

Uno.

Iba a correr, apenas pudiera hacerlo lo haría, rápido, muy rápido. Iría lejos, correría hasta más no poder.

Dos.

Escucha pasos, lentos y firmes. Pasos fuertes, esos pasos que había escuchado muchas veces con miedo, y que ahora lo hacía con esperanza. No porque aquél hombre regresara, sino porque aprovecharía su llegada para su propia salida. Se pone en posición y espera.

Tres.

*Click.*

Corre.

Sale hacia un lugar oscuro, se encuentra en un pasillo angosto de paredes de ladrillo rojo y baldosas rotas. La reciben el cielo negro y la brisa fresca, le dan la bienvenida después de mucho tiempo. Siente que pasaron siglos desde la última vez que respiró aire puro. Pero todavía no siente una victoria.

Oye que gritan detrás de ella y ya sane que la siguen. Por supuesto que así era. Acelera el paso y su respiración empieza a agitarse. Cruza por el largo pasillo hasta toparse con un portón. Es verde y de no más de un metro de altura. Logra saltarlo, pero al hacerlo se rasga

la ropa así como su piel. Continúa corriendo, sabiendo que si se detenía a inspeccionar su herida la atraparían y cosas mucho peores le pasarían.

Sigue corriendo y logra salirse del lugar en donde la tenían cautiva. Ese lugar donde la oscuridad y el frío la acunaban, y el olor a moho la mareaba. No quiere volver ahí.

Persiste en su escape aun cuando le cuesta respirar y las piernas comienzan a dolerle. Sale hacia las calles vacías que están apenas iluminadas por las luces de las casas. Busca gritar por ayuda pero una tos ronca sale de su garganta.

Está paralizada, la palabra auxilio no quiere pronunciarse. Sus piernas, débiles, ya no pueden responder y tropieza. Caе sobre el asfalto y no logra levantarse. Su piel arde a causa de los raspones, su garganta quema de tanto forzarla y sus lágrimas, tibias, caen sobre sus mejillas.

La tristeza y la impotencia invaden su ser. Se rinde y llora en silencio. Una mano pesada y fuerte la sostiene de un brazo. La levanta del suelo sin esfuerzo aparente. Tan fácilmente como si ella fuera de papel. Se siente así y a la vez, no siente nada.

Un puño cae sobre su cara y sus ojos se cierra, su respiración se para. Y la voz de una chica gritando auxilio nunca existió.

## **Falta una**

Julio Prioretti

Creo haberlo contado, tuve a lo largo de mi vida varias pesadillas. Algunas buenas, otrassumamente feas. Sin embargo, recuerdo la más angustiante, la que siempre cuento, la que sin dudas guardaré por siempre en mi memoria.

Habían transcurrido ocho años de mi recibida, cuando obtuve el título de abogado. Seriamente debo aclarar los motivos, aunque no los puedo precisar. Lo cierto fue que todo se desarrolló a consecuencia de un llamado telefónico.

Me encontraba en mi estudio, trabajando, eran aproximadamente las tres de la tarde. Una voz desconocida preguntó por mí; tuve una percepción extraña, muy difícil de explicar. Es habitual que cuando recibamos una llamada pidamos los datos de la persona que llama, siempre, sin distinciones. De esa forma procedí. No me quiso dar dato alguno, solamente me pidió hablar en persona.

En razón de ello, le pasé un día y horario para que acercara su consulta, como se proceded en todos los casos. Me pidió tener un encuentro en otro lugar, fuera del espacio de mi oficina. Realmente, la situación empezó a preocupar, a mí y a los colaboradores, quienes me recomendaron tomar todos los recaudos posibles.

Pactamos el encuentro para un día, no recuerdo cuál. Lo que sí tengo presente es que era un lugar abierto, algo parecido a un bosque o quizá una plaza. Puntualmente, nos encontramos, nos saludamos y tomamos asiento. Este hombre de 40 años de edad, me enseñó lo que tenía que decir, sin dudas pensé que podía generarme responsabilidades a nivel profesional.

Claramente, sentí miedo. Al cabo de unos instantes, le pedí como resolución que me planteara el tema. De manera súbita, se puso de pie y me dijo que era investigador privado. Me informó que tenía que pasar por la facultad de derecho a dar algunas materias, dado que no me encontraba habilitado para ejercer la profesión. Sin dudas, le comenté que había cumplido con todos los requisitos exigidos.

Sin ponerse nervioso, sacó de una cartera una planilla que daba cuenta de que me faltaba rendir una materia. Estuve a punto de sufrir un infarto. Mi respuesta fue tajante: "no voy a devolver ningún título". Estaba seguro de que no era cierto lo que ocurría y que era parte de una gran mentira.

Me miraba sin piedad. Insistía sobre mi situación. Luego de un intercambio de palabras, este hombre, de manera inexplicable desapareció, en un segundo se hizo humo. Sentí calor y a los pocos segundos un frío tan helado que me paralizó. Al pasar este efecto, me puse de pie y me dirigí a mi oficina.

## **Jean Fracaso**

Lara Rodríguez

Jean Baptiste causó revuelo desde sus primeros momentos de vida. Apenas un llanto en el momento justo, hizo falta para alertar a todas las personas del mercado que su madre lo había abandonado en medio de la mugre ¿Quién hubiera pensado que un recién nacido llevaría a su progenitora a la horca? El pueblo parisino quedó atónito “Jean está destinado a ser alguien importante” afirmaban algunos.

Lo cierto es que el niño quedó huérfano y pasó por distintos orfanatos durante sus primeros cinco meses. Los plebeyos lo querían adoptar para que, con el tiempo, se convirtiera en un gran trabajador de la tierra y los nobles querían su adopción para que se convirtiera en un gran político o militar.

Jean no se pudo ni dar cuenta que en apenas cinco meses ya lo habían adoptado cinco familias diferentes. No dejaban a los plebeyos adoptarlo ya que no le darían el estilo de vida que merecía una persona tan culta, inteligente y seria. Y aquellos que cumplían con los requisitos económicos y adoptaban al pequeño, no soportaban más de un mes antes de volver a dejarlo en un orfanato. Según estas familias, el niño no los quería.

El hecho de que un niño sea tan prometedor y ya se pueda ver a tan temprana edad su potencial dirigente creo tanta conmoción por tanto tiempo que, al final, una familia noble de París lo apadrinó.

Jean Baptiste pasó de vivir en orfanatos a vivir en diferentes castillos, todos pertenecientes a las familias nobles de Francia. Se dice que hasta llegó a vivir dos semanas en el palacio real. Era la mascota de la elite, el entretenimiento. Muchos decían que después de que Jean viviera al menos un tiempo en los hogares, dejaba un aire intelectual en esas casas, pues, la inteligencia le chorreaba por los poros.

Tuvo los mejores tutores, aprendió a tocar el piano y el violín. Se instruyó en historia y filosofía. Tuvo formación militar y hasta los propios reyes le otorgaron el título de Conde de Normandía. Viajó por toda Europa y los reinos conocían su historia, algunos lo respetaban y otros le tenían miedo. La certeza de que iba a llegar a ser un gran comerciante, consejero del rey, un príncipeo un gran militar alertaba a muchos.

Pero cuando Jean Baptiste cumplió 25 años, los nobles comenzaron a molestarse con él porque no había calificado para entrar al ejército, no consiguió trabajo en el puerto y las bandas musicales que tocaban en distintos reinos tampoco lo aceptaban. Ante esto, no tuvo mejor idea que viajar a Austria, casarse con la princesa no heredera e irse a vivir a una colonia de África, para que así nunca más se supiera de él.

## **Entre llantos y caretas**

Lucas Romano

Puede ser como último deseo. La verdad que no sé ni tampoco entiendo la razón, pero puedo escuchar a lo lejos las voces de mi familia. A cada momento parecen acercarse más. Hasta muerto me sigue molestando la risa de Jessi.

Aparentemente es mi velorio. Noventa mil veces dije que no quería nada cuando me muera. Nada bien saben hacer en esta familia. Como se nota que es mi familia.

Arrancan a hablar. Diría que tengo ganas de morirme, pero ya es tarde. Ni la muerte me salva de este momento de mierda. Ahora me doy cuenta que no es un deseo, es un castigo.

Mientras estoy pensando esto ya me perdí como cinco discursos que seguro fueron súper aburridos y llenos de caretaje, y todo eso que se hace en los velorios.

Ahora que estoy escuchando me doy cuenta que Mateo está hablando con alguien y diciendo que mi prima era muy linda. Cuando no él. El que sí está hablando y dedicando unas palabras es Lucas, ese sí que era un buen amigo. Lástima que no entiendo lo que dice porque con ese llanto y esos mocos no entiendo nada. Pero si los espíritus son reales, lo voy a ir a visitar.

Quiere hablar mi mamá, pero no sé si en *wookie* o cetáceo. No se le entiende nada. O deja de llorar o no sé. Pero así no. Toma la palabra mi abuela materna Tasu, es la primera vez que la veo en algún lugar fuera de su casa sin sus rulos rubios bien peinados. La amé fuerte a esa señora, pero lo único que escucho son puras cursileadas que aburren a todo el mundo.

El abuelo materno Carlos no puede hablar. Nunca lo vi llorar así, me alegro mucho de no haberlo visto partir. Espero que siga en pie mucho tiempo más. Como lo voy a extrañar.

En este momento escucho algo que sí me duele. Mi primito Valen preguntando dónde estaba y si podía ir a dormir a la casa. Ojalá mis cosas se las den a él, se lo merece.

Se viene un momento difícil, van a intentar hablar los abuelos paternos. Por como lloran, no creo que puedan. Esos sí que son desgraciados, perder dos hijos y un nieto. Igual la mayor desgracia es el precio del cajón. El otro hijo se murió joven así que el cajón también era chico. Y bueno ahora llego yo, soy gordo así que el cajón es más grande que la casa del tío Cesar. Bah, ni que eso fuera difícil.

Me puse a escuchar una charla

-¿Hay comida?– pregunta el tío Gerardo.

-Supongo que sí– dijo la tía Ceci.

-Bueno, buscá y llevamos para casa– terminó de decir el rata de Gerardo.

Siempre tan ratones ellos. También que voy a esperar si llevaban gaseosa a las reuniones y si no se tomaban, cosa de la que se aseguraban así se las volvían a llevar.

Empieza la parte más careta, hablan los ‘amigos’, claramente si fueran amigos posta, salvo alguno que otro, no hablarían. Por lo menos, zafé del caretaje de una parte de mi familia.

Para mi sorpresa, habla uno de esos amigos posta. Habla Maxi.

-¿Qué es esto? ¿Para qué un velorio? Había que quemar el cuerpo en una playa como a DarthVader- dijo y se ganó mi aplauso imaginario. Tiene razón, él sí entendió todo en la vida.

El resto sí fueron caretas, con palabrerías de que me iban a extrañar porque era buena persona y un gran amigo. Lo mismo que dicen todos los caretas. Qué raro que ninguno nombró la Play, esa sí que no fallaba nunca. Seguro que van a extrañar los favores y no a mí.

Por fin termina, me alegro que los amigos de verdad respetaran mi pedido, no viniendo o no hablando. Que no fueran parte de la boludez de un velorio y que entendieran que cuando decía “al muerto besito y al río y aguante Estudiantes” era posta.

## **Una parte de mi diario**

Araceli Sánchez

Querido diario:

Es tan feo lo que estoy sintiendo, que decidí volver a escribirte para poder contarte de mis vacaciones de verano.

Sentada en el avión, de vuelta a casa, es que te escribo para decirte que fue en este mismo lugar que comenzó todo. En una butaca de avión, donde lo conocí, a él, el chico de los ojos color café. Rumbo a una hermosa ciudad, Entre Ríos, fue donde creí que mi vida iba a cambiar, con más adultez y responsabilidades.

Pero para que me entiendas mejor, te contaré lo más importante de este viaje. La verdad, de todo esto, es que me enamoré de él.

Él tenía una mirada atrapante, un pelo negro único y una sonrisa que hacía que sus ojos se achinaran. Pero lo que causaba en mí era inexplicable, hasta el día de hoy lo es, porque cuando me miraba sentía que el mundo se paraba. Con solo acercarse, me enamoré de él. Quede encantada con solo hablar cinco minutos.

Todo comenzó con unas sonrisas y un par de palabras. Sentados los dos con café de por medio, de esos que te dan los aviones, y unos alfajores de limón espantosos, compartimos miradas y anécdotas. Así comenzó a surgir confianza entre los dos, hasta el punto que cuando llegamos al aeropuerto, nos fuimos juntos.

Además, nos hospedamos en el mismo hotel y fue ahí donde comprendí que era mi momento, el momento de comenzar de nuevo, de volver a confiar en el amor y dejar todo lo malo atrás.

Es así que salí de la habitación del hotel y corrí hasta el ascensor, pero como era de costumbre estaba trabado. Decidí ir por las escaleras, muy agitada y sudorosa llegué. Lo vi salir por las puertas del hotel.

Me detuve un momento, me llené de valentía y corrí detrás de él. Entonces, al salir por esas puertas enormes del hotel, le grité por su nombre y le dije que viniera a abrazarme. Al darse vuelta, vi cómo un camión lo atropellaba.

## **El fantasma de Canterville**

Delfina Sánchez Magariños

Virginia sintió como el viento helado chocó su espalda. Notó como la fresca brisa cesaba a medida de que el último destello de luz se ocultaba detrás del muro. Las voces funestas que murmuraban en sus oídos se habían callado. No tenía miedo, pero la absoluta oscuridad le intrigaba. No podía ver si Simón seguía con ella, pero un profundo olor a arcaico se lo confirmaba.

De repente, un frío tieso le recorrió la cintura. El fantasma, había apoyado los dedos de su mano, haciéndose ver. Sin un solo tartamudeo Virginia exclamó:

-Quiero saber dónde estamos, y cómo es que Dios quiere que logre tu perdón.

-Estamos en una caverna, a la que no volverás a entrar. Luego de esto, la puerta de muro se abrirá y podrás irte, pero debes prometerme que nadie jamás sabrá de lo que hemos vivido los dos.

-¿Qué sucederá si mi familia se entera? O incluso Cecil.

-Por favor, Virginia, no quiero que las potencias infernales jueguen contigo el resto de tu vida. No quiero que tu vida lleve el ritmo que llevó la mía. Por favor, prométeme que nadie se enterará.

La niña posó su mano en el hombro de Simón, como gesto de haberlo entendido. El fantasma tomó su mano y la condujo hacia una pequeña ventana, por dónde entraba un poco de luz. Acariciando su cara, la besó.

Su boca ya no era fría, ya no estaba seca. El beso los acercó, un beso pasional, que apretaba como fuego. Las manos del fantasma fueron bajando, hasta tomar las caderas de Virginia y, así, recostarla en el húmedo suelo de tierra.

Supo, él, la niña que en sus brazos tenía. La delicadeza con la que la acariciaba fue mayor y sus manos haladas recorrieron el cuerpo de ella. Quitó sus ropas. Con una suave lentitud la desvistió. Y fue cuando el tiritar de Virginia se sintió.

Ya desnuda, el fantasma penetró a la dulce niña. Y luego, sin siquiera decir una palabra, se esfumó.

## **Pensamientos profundos**

Micaela Sandoval

Escucho ruidos, abunda la oscuridad. Hay gente llorando, abren y cierran la puerta. No entiendo dónde estoy y no me acuerdo qué pasó, Vuelvo a despertar y se escucha un profundo silencio. Ese que tanto me gusta. Se aproximan pasos hacia mí. Intento moverme pero es imposible.

¡Alguien está rezando! La voz de mi prima me retumba en los oídos, llora y grita, dice que era muy joven y que el causante de la muerte no tenía perdón. Me nombran varias veces. Jamás creí que me pasaría esto. Me morí y no sé cómo. Ahora entiendo la oscuridad, los llantos y la inmovilidad.

Millones de preguntas invaden este cuerpo frío y dócil. Me pregunto por mi familia, y por sobre todo, mi mamá y papá. Siento tristeza por ellos, no me gusta ver sufrir a la gente y menos escucharla. ¡No aguanto más! Quiero cerrar los ojos y hundirme en ese profundo viaje al más allá. Siempre me preocupé por todo, y ahora aún más. Pienso en mis fieles compañeras, mis perras.

Soy tan joven y así se me va la vida. No terminé de estudiar y no viajé a los lugares tan deseados que esperaba ir. A veces, suelo ser muy exigente, y lo único que espero es que mi ataúd sea lindo y no feo. Que refleje ese brillo inigualable, que alguna vez habitó en mis grandes ojos color café. También espero que me hayan vestido bien y no me hayan puesto un pijama.

Siento que ha pasado mucho tiempo, ya no escucho voces. Me sumerjo otra vez en mis profundos pensamientos, y creo que si tuviera la oportunidad de volver, aparte de quejarme sobre los hechos presentes, intentaría cambiar y hacer las cosas que nunca hice. Me gustaría poder decirles que no lloren, y que ojalá se lleven un recuerdo precioso de mi persona. Que mis padres puedan superar este dolor y mantengan todos sus recuerdos en mis pertenencias. Que no cambien nada de lugar, para mantener esa chispa de alegría y sarcasmo, que tanto les gustaba de mí. Y cuando escuchen o vean un conejo, les abunde la felicidad en su frágil rostro, haciéndoles acordar de aquel apodo que me pusieron cuando era pequeña con dientes grandes.

Se vuelven a sentir ruidos, otra vez se abre la puerta, se escuchan las voces de mis familiares y de mis pocos amigos. Había llegado la hora, era ya el momento de partir. A todos les llega su momento. A unos antes, y a otros después.

## **Los alojamientos**

Aldana Tedeschi

Nos encontrábamos con mi familia emprendiendo el primer día de nuestras vacaciones con destino a Foz de Iguazú. Era un paquete turístico de cinco noches en un hotel y excursiones diarias. Un día de viaje en micro desde Mar del Plata hacia el lado brasilero de Iguazú, y otro día completo de vuelta.

Cuando llegamos a la gran frontera entre la Argentina y Brasil, el micro se detuvo media hora. Nadie sabía que ocurría. Se notaba la desesperación en las caras de los pasajeros, pensábamos que tal vez alguien llevaba algo ilegal. Ya nos estábamos cansando de esperar, y el coordinador del micro le pidió a mi mamá que bajara un momento.

Al cabo de unos minutos nos encontrábamos mis hermanos, mi mamá y yo bajando del micro con todos los bolsos. El documento de mi hermano había vencido el día anterior.

El micro se iba, y con él todas nuestras esperanzas de unas vacaciones en familia. Esa noche nos quedamos en un hostel del lado argentino de Iguazú, intentando solucionar algo telefónicamente con nuestro coordinador. Luego de una extensa charla, llegamos a la



conclusión de que no podíamos quedarnos allí. Había que emprender el viaje planeado sea como sea.

Al correr la noche, mi mamá se comunicó con mi abuela, que estaba quedándose en mi casa en ese momento. La idea era que ella encuentre el pasaporte de mi hermano y lo envíe con un remis desde la costa hasta el aeropuerto de Ezeiza. Y una vez allí, que el pasaporte se envíe en encomienda por avión desde Buenos Aires hasta Foz de Iguazú.

Y así sucedió, al mediodía del día siguiente, el pasaporte estaba esperando en una sucursal de envíos del centro de la ciudad. Cabe mencionar que esa noche que pasamos en un hostel, y que no pudimos seguir el viaje, era el cumpleaños de mi mamá. Así que una vez que tuvimos el pasaporte en mano, agarramos las valijas y cruzamos la frontera a pie.

Llegamos al hotel de noche y nuestro micro se estaba por ir a una fiesta, dejamos nuestras valijas y nos subimos a éste con la esperanza de festejar el cumpleaños de mi mamá de la mejor forma posible.

Después de eso, todo marchó como lo planeado, conocimos lugares nuevos y exóticos. Mi experiencia fue particular pero divertida, volvería a las Cataratas de Iguazú, pero claramente con los documentos en regla.

## **La venganza de Marcos**

Bianca Torres

Marcos vivía en un barrio muy carenciado, de clase baja, y sus padres eran trabajadores. A metros del barrio había un country donde estaban las familias de clase alta. Quienes vivían ahí discriminaban al joven por ser de clase baja, por no tener los lujos que ellos tenían; por no tener ropa de marca o zapatillas caras que Marcos no podía tener. Pensó entonces en vengarse con los padres de uno de los chicos que lo molestaban.

Los padres trabajaban en un restaurante muy lujoso. Su idea era robarles, sacarles el dinero de la caja para poder comprarse sus cosas y que los chicos vean como él de un día para el otro tenía también cosas lujosas.

Organizó para ir a robarles en la noche, cuando cerraban el restaurante. Fue y asaltó con el rostro cubierto, para que no lo reconozcan. Al fin y al cabo todo salió como él esperaba.

A los pocos días, Marcos tenía ropa y zapatillas nuevas de marca, como ellos. Los chicos del country se preguntaban: “¿cómo puede ser que ese pobretón tenga todo tan rápido?” en una ocasión se cruzó a uno de los chicos que era el hijo de los dueños del restaurante y lo empezó a molestar preguntándole cómo es que tenía lo que ellos tenían. Marcos, sin preocuparse, le dijo “yo robé el restaurante de tu papá”. El chico se quedó asombrado y se burlaba preguntándole “¿vos robarle a mi papá?”. Él siguió sin creerle y se fue.

Nunca nadie se enteró de nada, ni sospechaban que podía haber robado. Marcos vivía con tranquilidad, aunque él dijo la verdad. Con el dinero que había robado pudo mudarse con su familia al country. Todos los vecinos del lugar estaban asombrados de su llegada y de los lujos que tenían.

Desde ese momento los chicos no volvieron a burlarse de él y todo siguió con normalidad. A pesar de que a Marcos no le había gustado la idea de robar decía que era su única salida para conseguir lo que quería y deseaba.

## **El fantasma de Canterville**

Anabela Tow

Del otro lado del muro solo quedan Virginia y el fantasma Simón, era un lugar chico y oscuro, la luz de la biblioteca apenas entraba por una pequeña grieta de la ventana. Un sillón cubierto por una manta blanca llena de polvillo era lo único que se encontraba en la habitación. No se escuchaba otra cosa que no fuera la respiración acelerada de Virginia.

Al cerrarse el muro, Simón no podía dejar de mirar a Virginia de manera penetrante a través de sus ojos negros, pidiendo ayuda. El fantasma se acercó despacio hacia el cuerpo de la pequeña, acarició sus mejillas suaves y blancas sin dejar de mirar sus labios, que lentamente se despegaban.

Una brisa entró por la ventana, sus cuerpos cada vez más juntos hasta que sus bocas se besaron con un deseo muy fuerte. Beso tras beso, terminaron en el sillón. Virginia debajo de Simón que le susurraba al oído “liberame”. El cuerpo de Virginia temblaba y se aflojaba al oír sus palabras, cerró los ojos y se dejó llevar por Simón que no dejaba de besarla.

La ropa terminó en el piso cubierto de polvillo, sus cuerpos desnudos moviéndose sin parar, el gemido de Virginia era cada vez más fuerte mientras acariciaba la espalda de Simón con pasión, hasta dejarlo marcado.

La poca luz que entraba al cuarto se escondía y las voces no se oyeron por un rato, solo se oían la respiración agitada del fantasma y los suspiros largos de la niña que parecían no acabar. Virginia no tuvo miedo y tampoco creía que éste podría hacerle daño. Sentía en el fondo de su corazón que Simón necesitaba de su ayuda.

A oscuras, acarició el cabello largo y delicado de la niña mientras le decía en un tono de voz lento y tierno: “gracias por salvarme de tanto rencor”. Sin que pudiera responderle, el cuerpo de Simón desapareció como la brisa que entraba de a ratos por la ventana. Virginia se sorprendió y buscó por todos los huecos de la habitación. No lo encontró y comprendió que él era un fantasma atrapado en la mansión y que necesitaba el amor de una niña virgen para conseguir la libertad.

Al rato, Virginia se sentó en el sillón, aún desnuda, empezó a oler su cuerpo, sintiéndose ajena de ese olor. No podía llegar a entender que nunca más tocaría ese cuerpo, ni besaría esos labios. Había sido una tarde larga llena de deseo, pero pronto acabó y Virginia debía volver a su casa. Se vistió rápido y comenzó a gritar hasta que sus hermanos la oyeron y lograron abrir el muro.

No dejaban de preguntarle qué había ocurrido detrás del muro. Virginia no volvió a ser la misma de antes, no soportaba las preguntas que jamás iba a contestar. Pasaron los días y de lo único que se hablaba era de lo mismo, las preguntas no acababan y Virginia no respondía nada. No dejaba de sentirse sola, angustiada por la ausencia de Simón, tan presente.

Una tarde de domingo, ante la profunda tristeza, Virginia cruzó el patio de la mansión y decidió ahorcarse en la rama de un viejo árbol. En una carta, dejó escrito a mano el porqué de su decisión y contó lo que había sucedido en esa habitación. La pequeña no soportaría otro día de preguntas viviendo con la ausencia de Simón y creyó que muriendo se volverían a encontrar.

## **Muerte inesperada**

Sol Trovato

Hoy, 17 de mayo de 2017, falleció Sol Trovato de un ACV. Estaba en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata estudiando para un parcial. Llamaron a sus padres, que estaban en Verónica, para informales lo que había pasado.

Cuando le llegó el llamado, su mamá no podía creer lo que le estaban diciendo, lloraba desconsoladamente. Les avisó a los hermanos de Sol y fueron a La Plata a buscar el cuerpo de la joven para hacer el velorio en la ciudad de Verónica.

Al otro día, después de trasladar el cuerpo, fijaron el horario para la última despedida familiar. Era a las 20:00hs. Todos sus familiares y amigos se concentraron pocos minutos antes de lo pactado. Estaban todos muy tristes y en el aire, se respiraba la amargura y la angustia de perder a alguien querido. Yo, dentro del cajón, podía sentirlo.

Sentía el calor de las manos de todos los que me tocaban, me acariciaban anhelando tenerme aunque sea un segundo más. Decían que nada de esto podía estar pasando. El dolor de cada uno de mis familiares y amigos se expresaba con lágrimas que caían sobre mi cuerpo.

El velorio duró tres horas aproximadamente. Se podía sentir el aroma a antiguo que había en ese lugar. Mis hermanos abrazando a mis padres mientras lloraba, buscando algo de alivio en los hombros del otro. Mis tíos, tan tristes que una parte del alma se les fue con mi partida.

Ya casi terminaba mi velorio y mi madre no se quería ir, no podía soltarme. Me sentí culpable por aquella situación, por todo el dolor que generé, no era mi intención.

Una vez terminado el velatorio, me subieron a un auto y me llevaron al cementerio. Al enterrarme, cada pedazo de tierra que caía y golpeaba el cajón me separaba un poco más de mi familia. El sonido de aquella tierra cayendo es inolvidable.

Al fin terminó el entierro, con mucho dolor y tristeza me despidió de todos, lamentando el hecho de que los deje sin rumbo alguno.

## **Aquel día tan esperado**

Mateo Velásquez Sánchez

El sueño de todo ser humano siempre ha sido por las alturas. Siempre en los anhelos de aquel ser consciente utiliza la expresión valor o de alcázar las alturas. Bueno, esta es mi historia, todo comenzó cuando tenía seis años.

Vivía en una casa humilde junto a mi abuela y mi tía, que cuidaban de mí. Todo en mi entorno era monótono y varias cosas me tenían tranquilo. Las maestras me veían muy inquieto e inconforme en la clase y quizá no me adaptaba tan fácil al entorno como los otros niños.

Así que un día cualquiera, el viento golpeó mi cara y decidí sentarme a reposar en aquella pradera junto a mi casa hasta que de repente observé a una majestuosa ave que cruzaba la cordillera de lado a lado con un sutil vuelo al cual, ya en mi condición, no podía recurrir para transportarme.

Ocho años después, mi abuela falleció de repente pero tras su fallecimiento, días antes me había dicho que realice mis sueños y que no me dejara trincar por nada. Pensé en utilizar la herencia que me dejó para realizar el viaje de mis sueños. Jamás había volado, era muy pobre y por fin había llegado el día que iba a volar como aquella ave que de chico contemplaba estupefacto.

Subí al avión y este se elevó de la tierra en un santiamén. Observaba las nubes en el cielo y solo me causaba ganas de comerlas como si fueran algodón de azúcar. Finalmente el avión aterrizó en el aeropuerto y mi sueño por fin fue realidad.

## **El terror de lo cotidiano**

Lucas Villavicencio

Me encontré desconcertado, rodeado de un entorno conocido. Estaba en mi barrio natal, donde las casas similares escondían diferencias y donde el viento patagónico era el primero en indicar la bienvenida. Aunque era raro. Estaba completamente solo, o así lo creía. El sonido de mis zapatos, pisando la calle de tierra, adornaba un contexto apocalíptico, digno de una película futurista.

La intranquilidad sembró la alerta en mi cabeza. Había algo más que yo no lograba apreciar. Algo que buscaba tenerme. Sentía sus pasos al acecho, su respiración, se me estremecía mi alma y su sombra, su vil y amorfa sombra, intentaba compenetrar mi cuerpo. Me di vuelta pero no pude observar nada.

La noche se adentraba y el frío helado iba invadiendo mis huesos al compás de mi desesperación. Miré de reojo hacia mi derecha y el pánico aceleró mi corazón. Una silueta desprolija, ubicada detrás de un paredón, me observaba compenetradamente. Volteé para apreciarlo y el horror visitó mi figura. Sus ojos rojos y tenues disparaban una mirada punzante hacia mí, cargada de odio y voracidad.

Atiné a correr hacia mi casa, que se encontraba a una cuadra. Mi pulso se aceleró, los escalofríos fueron pertinentes y la presión, de vida o muerte, movilizaba mis piernas. El tiempo se iba desgastando, me movía cada vez más lento y lo que me perseguía estaba a punto de cazarme. Un pitido muy agudo me paralizó, tumbándome al piso.

De pronto, me encontré debajo de mi cama, con todas las sábanas desparramadas por toda la habitación. Faltaban 15 minutos para que sonara la alarma y comenzara mi semana. Había sido una pesadilla. Sin embargo, estaba confundido, no entendía a qué le tenía miedo. Podría ser un monstruo, una persona también, los miedos de la vida cotidiana.